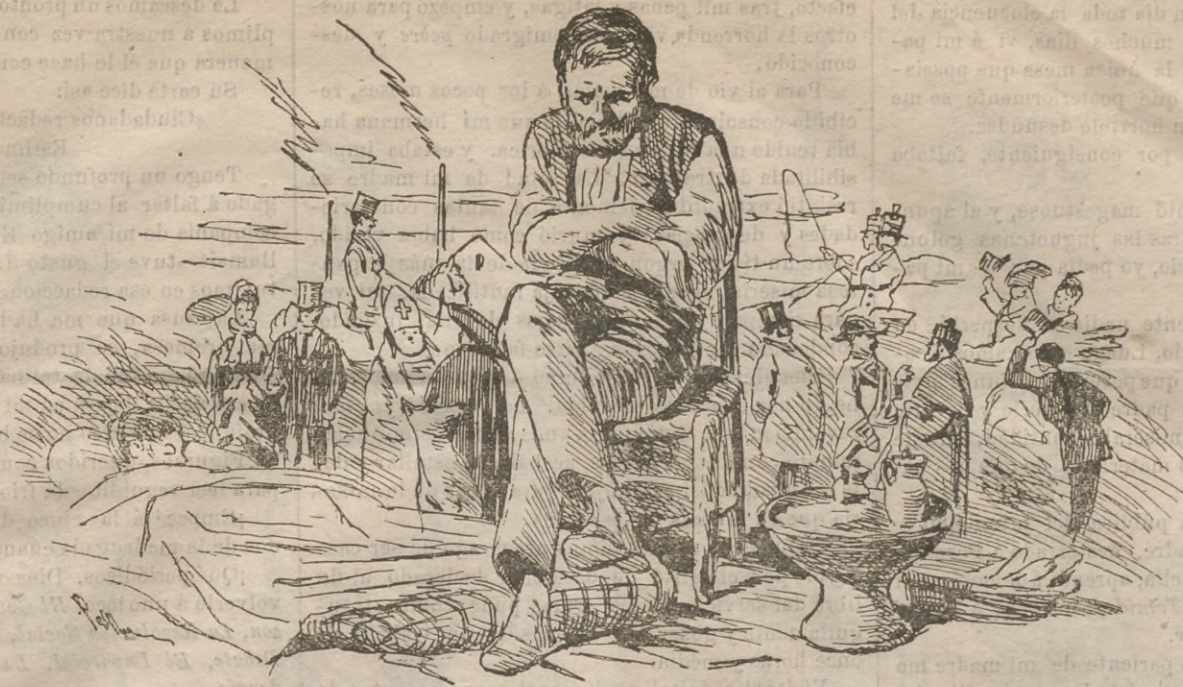


MAS DEBERES

IN DERECHOS.



NO MAS DERECHOS

SIN DEBERES.

EL CONDENADO.

PERIÓDICO SOCIALISTA.

LA COALICION NACIONAL.

Que la moda ejerce influencia soberana en do, hasta en los pensamientos, cosa es ya era de duda; pero esta, principio de la sabiduría, según cierto filósofo, se convierte casi empuje para mí, en principio de ignorancia. La moda hace que todos hablen hoy de *coalicion nacional*; y mi franqueza me obliga a confesar, que ó no entiendo bien el significado de tales palabras ó no es cosa la tal, muy buena que digamos.

Los moderados, según yo creo, irían á la *coalicion* con el intento de regalarnos el *Puig-oltejo*; los carlistas el *niño terso*; los radicales, no quisiera injuriarles, con el de con-plantar á D. Amadeo; por supuesto siendo los poder; los federales con el planteamiento de la república federal.

Siendo esto así, doy de barato que la *coalicion* triunfa en las próximas elecciones, ó en terreno ó donde se la lleve; pero ¿qué haremos conseguido con esto? En mi entender, su cada práctico, como no sea reconocer la necesidad de otra nueva *coalicion*, nacional por supuesto, para derribar lo que se constituyera, fuese lo que fuese, y seguidamente otras; tantas como las *necesidades* de ciertos políticos lo fuesen demandando.

Y cátense Vds. transformados en nuevos enélpes á los antedichos partidos. Esto, cuando menos, sino provechoso es entretenido, ¿qué caramba! ¿para qué otra cosa sino para entretenimiento y provecho de los llamados políticos se *hizo* la política?

La llamada *coalicion nacional* no deberá existencia, preciso es consignarlo, si se lleva á cabo, á la sola voluntad de los partidos que la verifiquen, sino que, practicada há largo tiempo desde las esferas del poder, ha precisado otro tanto á las oposiciones, si bien todos repugna lo inhumano del trato. Mas por

esto, y á buena cuenta, cada uno de por sí tiene ya estudiado el medio de deshacerse de su cofrade de *coalicion*.

Pedir más, ¿no fuera gollería?

La *coalicion* tiene sus inconvenientes, lo confieso; pero ¿y la ventaja de colocar á determinadas individualidades en situacion de vengar agravios nunca olvidados?

De lo que no dudo—¿cómo? fuera insensatez—es de lo buena fé con que las oposiciones se coaligarán, y mucho menos de la inmarcesible honradez de nuestros gobernantes. Debo decirlo muy alto—estilo parlamentario—de todo dudaré yo; pero de la buena fé de los unos y de la honradez de los otros, nunca.

¿Pues no faltaba más!

Mas reconociendo buena fé, honradez y desinterés en oposiciones y gobernantes, no podría, por más que quisiera si hubiese de juzgarlos, absolver á unos y condenar á otros; condenaría á entrambos y sin dudar un momento.

Pero como según Nocedal (padre)—pontífice *terso*—las cosas, del lado que se inclinan caen; estoy seguro que la *coalicion* se hará; solo que es muy fácil produzca frutos distintos de los que se propusieron sus patrocinadores. Por esa razon, lectores míos, sin permitirme con ello daros consejo alguno, que por otra parte no me habeis pedido, voy á manifestaros la línea de conducta que pienso seguir.

Ageno como soy á todas esas cábalas diplomáticas, y sin comprenderlas en poco ni en mucho, asistiré, *no indiferente* pero *si retraído*, á los sucesos que parece se vienen encima, sin más objeto que el de si las circunstancias mandan, obrar como me conviniere, procurando á toda costa no servir más de comparsa.

Es ley de justicia, que el que trabaja, reci-

ba el producto integro de su trabajo; y yo, que á la justicia amo, procuraré cumplirla en cuanto de mí dependa.

Como al buen entendedor con pocas palabras basta, supongo me comprendereis perfectamente; mas por si acaso no, os diré, que en este asunto adopto el lema economista, y dejaré hacer y dejaré pasar, hasta que me convenga; por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

¡Ojo avizor, que puede que saite!

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE UN MISERABLE.

No sé cuando nací, ni dónde: en esto me atengo á un documento que llaman partida de bautismo, y del que se colige que he sido bautizado y por ende metido en la grey católica apostólica romana, de la manera más inconsciente del mundo, cosa naturalísima, ya que debia luego formar parte de las inconscientes masas populares.

De mis primeros años poco me acuerdo; pero vaga indecisa por mi mente la figura de mi padre arma al brazo, de pié en una barricada; no sé qué defendía, pero presumo que la libertad. Dibújase también entre los confusos recuerdos de mi vida infantil, una mujer, triste y macilenta, que apenas me daba un beso ni me acariciaba, á pesar de ser mi madre: debia trabajar tanto la infeliz, que las necesidades de la vida la convertían en un ser no indiferente para mí, pero la privaba de ser madre.

Contemplo todavía el cuarto que habitábamos, húmedo, mal sano, y por añadidura reducidísimo. En él trabajaba todo el día mi madre en compañía de mi hermanita mientras hacia yo todo lo que el hijo de un pobre puede hacer cuando es inútil para ganar un real. ¡Y cuán triste me es recordarlo! Muchas veces, atribulada mi madre con sus mil quehaceres y presa de ese terrible malhumor que engendra la miseria, castigaba mis travesuras é impertinencias infantiles con dureza y violencia. ¡Pobre madre!

¡Vióse harto privada de amar á sus hijos!

Poco comprendía yo entonces las amargas escenas que ofrecían el cuadro de nuestra vida. Pero me acuerdo que sentí un día toda la elocuencia del hambre. Por espacio de muchos días, vi á mi padre sentado, arrimado á la única mesa que poseíamos y en una situación que posteriormente se me ha presentado en toda su horrible desnudez.

Faltaba el trabajo, y por consiguiente, faltaba pan.

Un día el sol se levantó magestuoso, y al apuntar el crepúsculo, mientras las juguetonas golondrinas cruzaban el espacio, yo pedía pan y mi padre sollozaba.

A la mañana siguiente nadie se despertó en casa; nadie había dormido. Luego empezamos á comer el único colchón que poseíamos. Nunca olvidaré la expresión de mi padre al cogerle y llevarle para obtener con él una miserable cantidad, á fin de satisfacer la sed de goces materiales de que nos hallamos poseídos.

Cómo fui á la escuela pública del municipio y como perdí á mi pobre padre, desterrado á Fernando Póo, no lo sé. En aquella, aprendí á demostrar el misterio de la *Santísima Trinidad*, un poco á leer, y un poco menos á escribir.

El taller de un lejano pariente de mi madre me acogió y allí apuré hasta las heces el cáliz del aprendizaje.

Mal vestido, cuasi sin comer y ocupado las más de las veces en tareas penosísimas, alteraba solamente la monotonía de mi vida, el contemplar á mi madre en el hospital, ó el agradable entretenimiento de curar á mi hermana, cruelmente atacada de una enfermedad en los ojos.

¡A qué referir uno á uno los tristes y horribles detalles de seis años de privaciones, y de miseria!

Transformado en oficial de carpintero y trabajando mi hermana en una fábrica de hilados, pudimos amparar á nuestra madre, débil y enfermiza; pero la felicidad de vivir y alimentarse pobremente en una pocilga, no podía durar para ella.

Había alcanzado yo á una edad en que según la organización política social del día, se convierte uno en esclavo merced á un repugnante sorteo.

Como mi estrella era buena, me cayó la suerte y el número 17 y mi buen físico, me declararon soldado. Pocas pesadumbres me causó el resultado de esa lotería, ya que en cualidad de único hijo de viuda, la ley me consideraba exento del odioso servicio de las armas. Pero mi estrella no me abandonaba. La exención no pudo declararse por ser imposible en aquellos momentos acreditar debidamente la defunción de mi padre. Entré en caja y tuve ocasión de sobra para examinar de cerca la vida del soldado.

Una cruel é infamante bofetada, que recibí á guisa de reconvencción, me obligó á desertar.

Dióme asilo un compañero de trabajo: juntos en su pobre cuarto hablábamos de la situación política de entonces:—corría el año 1867—y esto acababa de acibarar lo angustioso de mi situación.

Una noche, de un escondrijo sacó un lio, y cerradas cuidadosamente las puertas, me enseñó un equipo completo de guerrillero y me dijo: mañana nos lanzamos al campo: Baldrich (1) está aquí y Prim en la frontera; el que quiera libertad, que se provea de estos chismes y á batirse.

Al día siguiente el 15 de Agosto dióse el grito de abajo lo existente, y empezó para nosotros una vida de azares y peligros. Durante un mes recorrimos la montaña de Cataluña, hasta que perdida por completo toda esperanza de triunfo, nuestra partida, única que quedaba en armas, solicitó y obtuvo el indulto.

La más negra desesperación se apoderó de mí y en un arrebatado de ira iba á quitarme la vida, porque para mí no existía el indulto, cuando un compañero, me cogió del brazo y me dijo: á tí no te indultarán, á mí mucho menos; dejemos la partida y vá-

monos á Francia; conozco la montaña y llegaremos á salvación con toda seguridad. Llegamos en efecto, tras mil penas y fatigas, y empezó para nosotros la horrenda vida del emigrado pobre y desconocido.

Para alivio de mis males, á los pocos meses, recibí la consoladora noticia de que mi hermana había tenido una *cogida* en la fábrica. y estaba imposibilitada de trabajar. La salud de mi madre se resintió extraordinariamente de tantas contrariedades y desgracias, y murió como había vivido, sobre un físico jergon y rodeada de la más espantosa miseria, viendo á su hija inutilizada, tal vez para siempre, y á su hijo, lejos de ella, juzgado, condenado por desertor y latro-faccioso.

Una chispita de sol iluminó por un momento el negro horizonte de mi vida. La llamada gloriosa revolución de Setiembre, miserable pronunciamiento como otros tantos, acababa de estallar y dejé mi miseria del extranjero para gozar de la miseria que en mi país me esperaba.

Después de correr inminente riesgo de ser castigado por el delito de deserción declarado al fin libre del servicio de las armas pude comer tranquilamente y gozar las delicias de un trabajo de once horas y media.

Visité el hospital y salí cuasi peor que antes de mi visita. Un médico me aconsejó buena alimentación y reposo por algunos días al menos. Como de lo que solo podía disponer era de los días, por un esfuerzo de imaginación, me creía descansar en lo más rudo del trabajo y se me antojaba ser suculento manjar la salada sardina y delicioso néctar el agua del botijo.

Así sané por completo, gracias mil al filántropo médico que tal sistema curativo me prescribió.

Recibí un balazo, poquita cosa, cuando la sublevación contra las quintas el año 1870. Sofocada la rebelión, recogíme donde pude y gracias á un amigo verdadero pude salvarme de caer en manos de la soldadesca triunfante, pues un bondadoso vecino, próspero por más señas, me había delatado al oficial que mandaba la fuerza.

Curada mi herida, ofrecióseme ocasión de pasar á la corte, y lo verifiqué tanto por huir de la policía, cuanto por las ventajas pecuniarias que de ella debían resultarme.

Trabajé con tranquilidad cuatro meses; al quinto caí de un andamio y tuve que declararme en huelga por más de tres semanas.

Al fin, tras tantos sinsabores, pude asirme á un poco de felicidad, que luego me ha traído una consecuencia cuasi triste para un pobre; es un hijo sano y robusto.

La vida *desordenada* que con mi mujer llevo nos imposibilita de hacer ahorro alguno por ahora. Así es, que no somos imponentes de la Caja y dudo que lo seamos alguna vez. Pago con una tristeza y desconsoladora regularidad al casero, cómo de viernes muchos sábados, ando clásicamente vestido de pobre por esos mundos; fumo cuando puedo fumar; y para darme este cúmulo de satisfacciones trabajo y sudo hasta quedarme como un esparto; trabajando siempre para siempre tener lo mismo, nada! todo lo más alguna deuda.

Espero ver todavía alguna otra revolución al grito de abajo lo existente, mientras entre mi mujer y nuestro hijo, hago reflexiones sobre la santa y virtuosa resignación de las clases proletarias, suelo exclamar de continuo,

¿Para cuándo el petróleo?

LOS NUEVOS REDACTORES

DE EL CONDENADO.

II.

Llamamos la atención de nuestros lectores á la carta que publicamos á continuación, que nos ha sido dirigida por uno de los dos nuevos redactores de EL CONDENADO que ya conocen nuestros habituales lectores.

Como demuestra en ella su autor, no le ha sido

posible venir por la redacción á cumplírnos su labra por hallarse enfermo.

Le deseamos un pronto restablecimiento, y esperamos á nuestra vez con el público de la manera que él lo hace con nosotros.

Su carta dice así:

«Ciudadanos redactores de EL CONDENADO.
Estimados compañeros:

Tengo un profundo sentimiento por verme obligado á faltar al cumplimiento de la palabra que compañía de mi amigo EL UNO—como vosotros llamaís—tuve el gusto de daros la noche que tuvimos en esa redacción.

La causa que me ha impedido cumplir mi mal promesa, se produjo en la noche del pasado domingo, y fué de tal naturaleza, que el recuerdo de esa noche dejará en mi memoria una huella profunda, que creo no se borrará mientras viva.

Figuraos, queridos compañeros, que tuve que para leer seguiditos la friolera de diez periódicos.

¡Empecé á las cinco de la tarde, y eran ya los dos de la madrugada cuando terminé!

¡Qué periódicos, Dios vuestro! Son capaces de volverle á uno loco: *El Combate*, *La Justicia*, *La zona*, *La Revolución Social*, *La Tertulia*, *Gil Blas*, *Debate*, *El Imparcial*, *La Iberia* y *La Correspondencia*.

Nada, nada; lo que os digo: ¡diez periódicos!

Recuerdo perfectamente, que de los diez, el primero fué el que más daño me hizo.... es decir, el primero que leí... esto es... ¿si acertaré á decirlo? el primero de los diez, y el que leí después, los dos, hicieron más daño.

Después de haber leído tanto, y mucho tan contradictorio, y tonto, me encontré en peor situación que antes para poder formar opinión propia sobre lo que podrá suceder, dadas ciertas probabilidades más como soy algo terco, me propuse conseguir tenerla y empecé por plantearme la cuestión en este modo. Supongamos que estallase la revolución un día ó una noche; esto es igual—el caso es, estallase; supongamos además, que el gobierno, reciendo de la fuerza necesaria para dominar fuese arrollado y vencido—lo cual, después de todo me parece que no es mucho suponer.—¿Qué daría hacer el pueblo para....? y al llegar aquí, quedé dormidito como un niño.

¡Qué sueño podía haber echado!

Todavía estaba medio á vueltas con la pregunta «¿qué debería hacer el pueblo?» cuando oí un ruido bastante extraño en la calle.

Abandoné precipitadamente la cama, y salí enteramente de la causa que le producía.

No podré deciros, porque no lo recuerdo, si vestí para salir; pero estoy por asegurar que salí la calle como había entrado en la cama: tampoco podré deciros detalladamente, qué fué lo primero que ví, solo recuerdo que había gente, mucha gente; y daban gritos; y corrían de acá para allá: caso es, que llevado por la multitud, me encontré sin que pueda decir cómo llegué hasta allí; en gran salón ó plaza, donde observé que había muchos ocupados en arreglar precipitadamente sus vestidas, togas y hasta sotanas, dando á esas prendas una forma muy semejante á la de las blusas.

Preocupado con la dichosa preguntita que me de dormirme había formulado, sin saber ni poder contenerme, y con una voz que ignoraba si se oía, pregunté: ¿Qué debería hacerse?... Y antes de que pudiera terminar, y como si aquellos hombres hubiesen sentido una descarga eléctrica, se separaron en multitud de grupos, encima de cada uno de los cuales, vi aparecer los nombres de diferentes partidos; pero todo esto, rapidísimo; en un rápido, que cuando pronuncié la primera sílaba empezó aquella danza, y antes de que pudiera terminar mi pregunta, fui interrumpido por los diversos grupos de este modo:

Los conservadores. ¡Pidó la palabra!

Los neos.—¡Amados oyentes!...

(1) Baldrich, actual capitán general de Castillo la Vieja.

CUADRO SINÓPTICO.



Dignidades humanas.—(Segun los explotadores.)

Zánganos de la colmena social.—(Segun los explotados.)

Los republicanos federales.—¡Ciudadanos, muy ayes serán las!...

El unitario.—¡Caiga sobre los haraganes de la Internacional la poca sangre que haya de verterse! Los unionistas, (en voz baja).—El niño, y Montaner reg...

Los ladrones (sin distinción de partidos). ¡Poner relesones con el lema.

(PENA DE MUERTE AL LADRON! (en voz baja.) Asi serán todos que somos gente honrada.

Los conservadores.—Esos son verdaderos revolucionarios... ¡aprobado!

Los neos.—¡Y pena de muerte y excomunion mayor al que profane la casa de Dios!...

El unitario.—¡Y cinco años de garrote vil para que sea de la Internacional!

Los republicanos federales.—¡Orden, ciudadanos, dent!

Los unionistas.—Nosotros acatamos la soberanía popular y ponemos nuestras espadas al...

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

El unitario.—¡Señores ciudadanos!... Que todos los hombres honrados, que todos los amantes del bien, de la propiedad y... de lo que Vds. quieran, unen un solo... (suena un formidable estrépito, aparece un numeroso grupo compuesto de hombres, mujeres y chicos, armados unos con picas, otros con fusiles otros, y muchos con un inofensivo cubo de agua).

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

El unitario.—¡Señores ciudadanos!... Que todos los hombres honrados, que todos los amantes del bien, de la propiedad y... de lo que Vds. quieran, unen un solo... (suena un formidable estrépito, aparece un numeroso grupo compuesto de hombres, mujeres y chicos, armados unos con picas, otros con fusiles otros, y muchos con un inofensivo cubo de agua).

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

El unitario.—¡Señores ciudadanos!... Que todos los hombres honrados, que todos los amantes del bien, de la propiedad y... de lo que Vds. quieran, unen un solo... (suena un formidable estrépito, aparece un numeroso grupo compuesto de hombres, mujeres y chicos, armados unos con picas, otros con fusiles otros, y muchos con un inofensivo cubo de agua).

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

El unitario.—¡Señores ciudadanos!... Que todos los hombres honrados, que todos los amantes del bien, de la propiedad y... de lo que Vds. quieran, unen un solo... (suena un formidable estrépito, aparece un numeroso grupo compuesto de hombres, mujeres y chicos, armados unos con picas, otros con fusiles otros, y muchos con un inofensivo cubo de agua).

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

El unitario.—¡Señores ciudadanos!... Que todos los hombres honrados, que todos los amantes del bien, de la propiedad y... de lo que Vds. quieran, unen un solo... (suena un formidable estrépito, aparece un numeroso grupo compuesto de hombres, mujeres y chicos, armados unos con picas, otros con fusiles otros, y muchos con un inofensivo cubo de agua).

Los radicales.—¡Los reyes son!... ¡la república... ¡el trono!... ¡más la dinastía aquella! ¡digo, otra!... ¡queremos decir, la de!...

dinario el entusiasmo de que se sienten poseidos, que algunos aplauden con los dientes, y muchos, por distraccion, aumentan el estrépito dándose fuertes golpes con ambas manos en los carrillos. Las demás solo han dado una salva de aplausos, producida por el violento choque del depósito de los puntapiés contra el duro suelo: pasado el primer momento de entusiasmo, gritan los demás partidos a los republicanos que permanecian aun de pie). ¡Sentarse; sentarse! ¡Qué no se vé!

Y acompañando las palabras con las obras, los más inmediatos les tiraban fuertemente de los faldones; los que se veían próximos á caer, agarrábanse á los que tenian delante, y estos por igual razon á los otros, y así sucesivamente, acabando por caer todos hechos una pelota, con lo que la gritería llegó á su colmo.

Entretanto, los individuos que componian el numeroso grupo que acababa de llegar, seguan avanzando de una manera imponente por lo grave y silenciosa, ocupando todos los sitios que estaban antes vacíos, y colocándose de frente á todos los partidos.

El que llevaba la bandera se encaró conmigo, y sosteniéndola con la mano izquierda, estendió la derecha, y señalando mi cabeza, dijo á los demás que le acompañaban: «Contestemos con hechos.»

Creí haber comprendido el sentido de estas palabras, é instintivamente dirigí una furtiva mirada á las cabezas humanas que se destacaban sobre la multitud y sobre las picas.

Pero el mismo individuo, volviéndose hacia los grupos que estaban delante, les dirigí estas breves palabras: «El pueblo está cansado de ser juguete de vuestra inmoralidad y ambicion: sabe lo que habeis hecho y lo que quisiérais hacer aun, y esto le enseña lo que debe hacer él ahora.»

Los republicanos federales.—Todos somos unos...

El pueblo.—Es verdad, todos sois unos.

Los radicales.—Por vuestro bien tenemos hechos grandes sacrificios.

El pueblo.—Los conocemos. Solo tienen comparacion con los que el dueño de un corral hace por conservar sanas y gordas las inocentes aves con cuya carne quiere regalarle.

Los conservadores.—Nosotros hemos querido siempre que no os falte el trabajo.

El pueblo.—Por eso habeis tenido el cuidado de no trabajar vosotros.

Los conservadores.—Aun podemos comprometernos á que no os falte: tenemos muchas haciendas, grandes capitales...

El pueblo.—Las teniais. Hoy pasan al dominio las unas y los otros de aquellos que las cultivaron y los produjeron.

Los neos.—Nosotros hemos venido trabajando siempre por haceros acreedores al tesoro inapreciable del cielo.

El pueblo.—Y os habeis apoderado sin trabajar de tesoros incalculables en la tierra.

—Los neos.—Hemos rezado mucho por obtener vuestra salvacion en la otra vida.

El pueblo.—Más hemos trabajado nosotros para asegurar vuestro bienestar en esta.

Los neos.—Hemos predicado la paz.

El pueblo.—Y habeis practicado la guerra.

Los neos.—Hemos predicado las excelencias de la mansedumbre para contener á los fuertes y soberbios.

El pueblo.—Porque cenocisteis antes que nosotros que éramos potentes, que vuestras infamias podian llegar á sernos conocidas, y creisteis que

unca nos atreveríamos á romper ese freno que á nuestra indignación pusisteis.

Los neos.—Hemos acudido al alivio de tu miseria predicando la caridad y estableciendo multitud de piadosas fundaciones.

El pueblo.—Con lo que te asegurabas el provecho del que reparte, al mismo tiempo que conseguías trasformar en seres agradecidos, los que solo debieran haber sido siempre lo que van á ser hoy... jueces implacables.

Los unionistas.—El pueblo tiene razon. Los jesuitas son muy malos.

El pueblo.—Y por que decís verdad, está resuelto á acabar con todos ellos.

Los unionistas (frotándose las manos).—Pues allí nos encontrareis...

—El pueblo.—Sabíamos que sois una de sus más vigorosas ramas y sereis arrancados y echados al fuego. (Muestras visibles de contrariedad).

Los ladrones (sin distincion de partidos).—¡Honrados hijos del trabajo. Nosotros queremos estar á vuestro lado.

El pueblo.—Lo sabemos; es la manera de poder robarnos con más facilidad.

Los ladrones.—Honrados hijos del trabajo, Pensad lo que vais á hacer; tened en cuenta que acabamos de pedir la pena de muerte al ladrón, á fin de impedir que los enemigos de la revolucion la manchen con sus actos: pensad que hemos querido libraros de tanta infamia.

El pueblo.—Y nosotros, queriendo librarnos de tanto infame, hemos tomado el consejo, y resuelto que os sea aplicada la pena.

Todos (á una voz).—¡Pueblo! Medita antes de obrar: no te precipites: piensa á cuantos errores puede arrastrarte tu buen deseo: escucha nuestro desinteresado consejo: *da tiempo al tiempo* para que...

El pueblo.—Para que puedan escapar.

Todos.—Nosotros estamos interesados en contribuir á...

El pueblo.—A que no sean habidos: lo sabemos.

Todos.—Lo que nosotros decimos, es todo por tu bien.

El pueblo.—Y lo que haceis, es siempre por el vuestro.

Todos.—Hemos suspirado por tu felicidad,

El pueblo.—No os habeis limitado á eso para realizar la vuestra.

Todos.—No nos equivoqueis con los ladrones.

El pueblo.—No es posible equivocaros con los robados.

Todos.—¿No hay entre nosotros quien se comprometa á calmar la ira popular?

Etonces, un joven delgado se levanta entre ellos, y con voz hueca, entonacion sentimental y movimientos extraños, dice estas palabras: ¡Pueblo trabajador; único refugio que en los tiempos presentes tienen la virtud, la verdad y la razon; yo te saludo!

Y vosotros, los hombres del bufete, del púlpito, de la guerra, de la política, de la banca y los negocios; saludadle tambien, y nada temáis, grandes han sido, grandes son los crímenes que hemos cometido todos con el pobre pueblo, ¿por qué intentar ocultarlo?

Esto, yo os lo digo, el solo hecho de quererlo ocultar, supone un crimen más odioso, más terrible que todos, y son muchos, los que contra él hemos cometido. ¿No adivináis qué crimen es este? Pues tengo el deber de decirlo. Ese crimen es desconocer su grandeza, que le impide ensañarse con el vencido; ese crimen es temer su vengonza, porque temerla, es desconocer que el pueblo castiga con el perdón.

No puedo decirlos; queridos lectores, lo mucho que estas palabras, cuya intencion comprendí, lograron impresionarme; el caso es que sin recordar el efecto que la primera vez produjo, volví á repetir mi pregunta.

El pueblo, con un movimiento repetido y si-

multáneo de la cabeza y la mano extendida, me dió á entender que tenia resuelta la cuestion y que del dia esperar muy poco; pero que debia esperar. El joven delgado, entre los aplausos, bravos y hasta saltos de sus compañeros, volvió á tomar la palabra en estos términos:

—Ya lo oís; el pueblo solo quiere saber qué es lo que debe hacer, y á nosotros toca decirselo, sino lo hiciésemos así, nuestro pecado seria nuestra más cruel penitencia.

Si él tiene el deber de producir y lo cumple á costa de tantos sufrimientos, ¿por qué habríamos nosotros de faltar al nuestro de pensar por él, y pagarle el pan que nos da con el consejo que nos pide? ¿Habrá alguno entre nosotros que se niegue á decirle lo que debe hacer en estos momentos para que puedan recoger los beneficios de la revolucion, á que tiene derecho?

Todos (con frenético entusiasmo).—¡¡¡Noooo!!!

El joven delgado.—Os creo, y tengo la seguridad de que tambien os creará el pueblo, porque sé que esta revolucion, no es uno de aquellos movimientos que tomaron ese nombre, y que obedecieron tan solo á bajos y bastardos móviles de ambicion, de unos pequeños grupos compuestos de grandes infames.

Yo sé que esta revolucion es producto de la ciega y estúpida conducta seguida por hombres tan ineptos como audaces, que encontrándose apoderados del gobierno y no sintiéndose capaces de revolver ninguno de los difíciles problemas que entraña la administracion de los intereses públicos, fingió peligros que vencer, para pedir confianzas que burlar.

Nadie ignora que esa congregacion de los hijos del trabajo, esa benéfica y santa asociacion que lleva por nombre la Internacional, venia desarrollándose, creciendo y brotando el bien á torrentes entre sus afiliados, sin que su existencia fuese siquiera notada por nosotros, los obreros de la inteligencia, que tanto debíamos haber trabajado por ella y para ella.

Tenia sus periódicos, ¿y quién por nuestra culpa tenia que redactarlos?

Aquellos que por mantenernos no tenían tiempo para hacerlo.

Celebró su Congreso en Barcelona, ¿y quiénes fueron á él? Los que sentian la necesidad imperiosa de reformarla por demás injusta organizacion de una sociedad, que solo se ocupaba en separar los deberes de los derechos, para obligar á los unos á cumplir todos los primeros; para entregar y asegurar á los otros, y estos éramos nosotros, el completo goce de los segundos: lo primero es la injusticia: el privilegio es lo segundo.

Y esta iniquidad, que era conocida ya por los obreros que de aquel modo trabajaban por remediarla no les lanzó á decidirse por resoluciones de fuerza, no les arrastró á las luchas ciegas de nuestros partidos: ¡tan grande era su fe en la ciencia que nosotros envilecíamos, arrastrandola servilmente á los pies del oro y al servicio de los infames! ¡tanta era su confianza y tal el conocimiento que de la ley del progreso habia adquirido ese pueblo que teneis delante, y que en vez de admirar habeis temido! ¡tal era, en fin, su superioridad moral! á pesar de conocer su derecho y su fuerza, no se dejó alucinar, y en vez de emplear esta, ni siquiera predicó que lo fuera: por eso, mientras nuestros gobiernos los perseguian y acosaban con igual imprudencia que un niño, por desconocer el peligro á que se expone, podria perseguir á un leon creyéndole un dócil perro, invadia sus consejos locales, prohibia sus reuniones, les lanzaba, en una palabra, á emplear la fuerza; arrancándoles del terreno de la pacífica organizacion, de la tranquila discusion, y del frio y sereno estudio del complicado problema social.

¿Y cuál era entre tanto nuestra estúpida conducta? Permitidme que no la examine ahora, pues el buen gusto exige á los hombres decentes prescindir de ciertas relaciones en determinadas circunstancias: si es de mal gusto hacer la relacion de cosas repug-

nantes cuando se está para empezar ó durante comida, no puede dejar de serlo que en estos momentos de francas expansiones, de gozo y alegría paz y fraternidad; viniera yo aquí á producir grandes indigestiones, con relaciones imprudentes.

Pero no terminaré sin decir, que nuestra conducta, examinada bajo el punto de vista que se quiere, no es castigada por el pueblo con la sentencia de desaparicion inmediata de todos los que pertenecemos á la clase del privilegio, no será porque no hayamos merecido, sino por que el castigo del pueblo es el perdón. (Hé dicho.)

No puedo pintaros, queridos compañeros, efecto que me produjo este discurso, pero me acuerdo, lo que me pasó cuando observé que á pesar de las furiosas, casi salvajes demostraciones de entusiasmo de todos aquellos honrados vándidos, el pueblo á una voz con la palabra ¡SILENCIO! MISERABLES! y dirigiéndose al joven delgado que llevaba la bandera roja le dijo.

Y tú, audaz y cínico charlatan que has hecho sobre tus hombros la tarea de calmar la ira popular, sabe que si te hemos permitido continuar hasta el fin, ha sido solo porque nos estabas prestando el servicio de hacer el proceso de la infame clase que debemos nuestras desgracias: así la historia podrá tacharnos de apasionados como hubiera podido suceder si esa tarea la hubiésemos desempeñado nosotros.

Y sabe tambien, sabedlo todos; que la máxima que tan desinteresadamente nos has repetido que *el castigo del pueblo es el perdón*, constituye una profunda inmoralidad, que el pueblo está resuelto á destruir para realizar la justicia.

Ya estais pues juzgados y sentenciados.

¡Compañeros, (añadió dirigiéndose á los que él estaban), cumplamos esta vez nuestro deber!

Lo que pasó despues, no puedo referirlo. Casuelo privado de sentido..... cuando volví en mi encuentro en mi cama, rodeado por mi familia que con ansiedad observaba todos mis movimientos.

¡¡Todo habia sido un sueño!!

Recibid un abrazo fraternal del que os desea salud y liquidacion social.

EL OTRO.

TIZONAZOS.

¿Quién es el nuevo gobernador de Segovia?—señor regidor.

¿Y quién es regidor?—El nuevo gobernador Segovia.

Se parece esto á ciertos consejos.

La Asamblea federal, por mayoría de votos, resuelto ir á las urnas.

¿Hasta cuándo?... ¿Y el pueblo?...

¡Pobre pueblo!

Todos se prometen las mayores ilegalidades en las próximas elecciones; pero... la mayoría acuerda ir á las urnas y todos irán.

Esto no obstará para que las futuras Cortes se consideren como ilegales por los mismos que prestan legalidad.

¡Oh lógica! ¡Oh moralidad!

¡Bienaventurados los tontos, porque ellos irán á las elecciones, llevarán los palos, y consolidarán sus enemigos!

¡Bienaventurado Sagasta que consigue lo que quiere!

¡Bienaventurados los espíritus rectos, porque ellos dirán la verdad; pero serán insultados por sus amigos y conducidos á presidio por sus enemigos!

El administrador.—Secretario [de la redaccion] Manuel Muñoz.

IMPRESA DE M. MARTINEZ, TRAVESÍA SAN MATEO.